

III.

Pasó un mes. El viejo Fouan, nombrado tutor de Francisca, que acababa de cumplir quince años, las decidió á ella y á Elisa, que le llevaba diez años, á que arrendaran sus tierras á su primo Delhomme (á excepci3n de un pequeño prado) para que lo que tenían estuviese bien cultivado. Ahora que las dos hijas se quedaban solas sin padre ni hermano en la casa, les hubiera sido necesario tomar un mozo de labranza, cosa ruinosa, porque los jornales estaban muy altos. Delhomme, por otra parte, no hacía más que prestarles un servicio, pues se comprometía á romper el contrato de arrendamiento tan pronto como alguna de ellas se casara y necesitase hacer las particiones.

Sin embargo, Elisa y Francisca después de haber cedido también á su primo su caballo, que de nada les servía ya, se quedaron con las dos vacas, la Coliche y la Rubia, y el asno Gedeón.

Se quedaron también, naturalmente, con su media tahulla de huerta, que quedó al cuidado de la mayor, en tanto que la más pequeña se encargaba de cuidar las bestias.

Ciertamente era esto bastante trabajo; pero, gracias á Dios, tenían salud y saldrían adelante con facilidad.

Las primeras semanas fueron muy duras, porque se trataba de reparar los destrozos de la granizada, de labrar la tierra para las legumbres y de volver á sembrarlas, y por eso Juan se ofreció á

echar una mano y ayudarles. Después que él había llevado á su casa á su padre moribundo, entre el antiguo soldado y las dos muchachas iban estableciéndose estrechas relaciones.

Al día siguiente del entierro fué á ver cómo estaban. Luego volvió á charlar un rato, y poco á poco fué haciéndose tan familiar y tan amable, que una tarde quitó la azada de manos de Elisa y se puso á cavar él. Desde entonces, como buen amigo, les consagró todos los ratos que tenía desocupados en la granja. Ya era como de la casa, de aquella antigua casa patrimonial de los Fouan, edificada por sus antepasados tres siglos antes, y á la cual la familia consagraba un verdadero culto. Cuando Mouche, antes de morir, se quejaba de que le hubiese cabido en suerte el peor lote de la herencia y acusaba de robo y estafa á sus hermanos, éstos respondían: ¿Y la casa? ¿No te has quedado tú con la casa?

¡Pobre casucho medio derruido, remendado por todas partes á fuerza de tablas viejas y de pegotes de yeso! Probablemente habría sido construída con tierra y gujarros; más tarde levantaron dos paredes de cal y canto, y por fin, en los comienzos del siglo se decidieron á cambiar el techo de caña por un tejado de pizarra que ya estaba destrozada. Así había durado, y así existía aún, medido más de un metro debajo de tierra el piso bajo, como construían en aquellos tiempos todas las casas en los pueblos, sin duda para tener menos frío. Eso ofrecía el inconveniente de que en los grandes temporales de lluvias la inundaban, y por más que se barría el suelo de aquella cueva, siempre quedaba barro húmedo en los rincones. Pero ade-

más, estaba malditísimamente situada de espaldas á la Beauce inmensa, de donde soplaban los terribles vientos del invierno; por ese lado, en la cocina, no había más que un ventanuco estrecho, cerrado con un postigo al nivel del camino; en tanto que en la otra fachada, en la del Mediodía, se hallaban la puerta y las ventanas. Cualquiera al verla hubiera dicho que era una choza de pescadores, construida á orillas del océano. A fuerza de empujarla y combatirla los vientos de la Beauce, la habían inclinado hácia adelante y se encorbaba, encontrándose como esas viejas á quienes los años han resentido de los riñones.

Pronto conoció Juan hasta los últimos rincones del casucho. Ayudó á limpiar el cuarto del difunto, que era una habitación tomada del granero, del cual se hallaba separada por un tabiquillo de tablas simplemente, y en la que no había más que un cofre antiguo lleno de paja que servía de cama, una silla y una mesa. Abajo no salía de la cocina, porque rehuía entrar con las muchachas en su cuarto, cuya puerta siempre de par en par dejaba ver una alcoba con dos camas, el armario grande de nogal, una mesa redonda y tallada, soberbia, de una sola pieza, despojo sin duda del antiguo castillo saqueado por el pueblo el día de la revolución. Había otro cuarto más, detrás de aquél, tan húmedo, que el padre había preferido irse á dormir arriba; hasta lamentaban tener que meter allí las patatas, porque se florecían en seguida. Pero donde vivían era en la cocina, en aquella vasta habitación ahumada, donde desde hacía tres siglos se sucedían las generaciones de los Fouan; las paredes aquellas recordaban las

duras faenas, las hambres, el esfuerzo continuo de una raza que había conseguido justamente no morir de hambre matándose á trabajar, sin tener nunca un céntimo más en Diciembre que en Enero. Una puerta que daba al establo ponía á las vacas en compañía de las gentes; y cuando aquella puerta estaba cerrada, podía también verlas y vigilarlas por un agujero hecho en la pared y cerrado con un vidrio. Luego había una cuadra donde estaba Gedeón solo, y después un pajar y una leñera; de manera que no era preciso salir al corral para nada, porque todo tenía comunicación interior. Fuera, la lluvia se encargaba de llevar á la alberca el agua, la cual servía para que bebiesen las bestias y para regar la huerta. Todas las mañanas era menester bajar al río Aigre para llevar el agua para la mesa.

Juan se complacía en estar allí, sin preguntarse por qué le gustaba ir. Elisa, contenta y satisfecha, lo recibía siempre bien. Sus veinticinco años la envejecían y la habían puesto fea, sobre todo después del parto. Pero tenía muy buenos y muy robustos brazos, y trabajaba con tanta alegría, con tan buen humor, con tanta animación, que daba gozo verla. Juan la trataba como á una mujer, sin tutearla, mientras por el contrario seguía tuteando á Francisca, cuyos quince años hacían que él la considerase como una chiquela. Ésta, á quien el aire libre, la intemperie y el trabajo no habían tenido todavía tiempo de envejecerla, conservaba su bonita cara, larga, fina, con una frente pequeña, los ojos muy negros y muy expresivos, con sus labios muy gruesos y sombreados por un vello precoz; y aún cuando la creía una chiquilla,

era también una mujer, y como decía su hermana, no era menester hacerla cosquillas desde muy cerca para que tuviese un hijo. Elisa la había educado después de la muerte de su madre; de ahí el gran cariño que se profesaban, activo y bullicioso por parte de la mayor, apasionado y contenido por parte de la pequeña. La joven Francisca tenía fama de ser muy terca. La injusticia la exasperaba. Cuando una vez decía: «Esto es mío, esto es tuyo», se hubiera dejado cortar el cuello antes que volverse atrás; y si adoraba á Elisa es porque estaba convencida de que le debía aquella adoración y mucho agradecimiento. Por lo demás, se mostraba siempre razonable, muy juiciosa, sin malos pensamientos ni tentaciones, atormentada sólo por su hirviente sangre, lo cual la hacía pesada, un poquillo glotona y perezosa.

Un día, también ella se atrevió á tutear á Juan, como se tutea á un amigo mucho más viejo y bueno que la hacía jugar y rabiar algunas veces, mintiendo por oíra y defendiendo cosas injustas sólo por divertirse en verla ponerse furiosa.

Un domingo, una de esas tardes calurosas del mes de Junio, Elisa estaba trabajando en la huerta, arrancando guisantes, y había dejado á Julio durmiendo á la sombra de un cenacho grande. El sol la calentaba de lo lindo, respiraba trabajosamente doblada por la cintura, arrancando las matas, cuando se oyó una voz al otro lado de la valla.

—¿Qué hay? ¿no se descansa ni siquiera los domingos?

Ella había conocido la voz; se levantó con los brazos enrojecidos, con la cara congestionada, pero risueña sin embargo.

—¡Caramba! lo mismo es el domingo que otro día cualquiera, porque la tierra no se labra ella sola.

Era Juan. Rodeó la valla y entró por la puerta del corral.

—¡Dejad eso; voy á hacerlo yo en un momento!

Pero ella renunció; iba á concluir en un momento; y además, si no hacía eso haría otra cosa; ¿estaba el tiempo para holgar? Por más que se levantaba á las cuatro y cosía por las noches con luz artificial, no lograba salir adelante.

El, por no contrariarla, se había puesto á la sombra de un árbol cercano, cuidando de no sentarse encima de Julio. El antiguo soldado la miraba encorvada de nuevo, con las caderas altas, mientras que con la cabeza casi en el suelo movía incesantemente los brazos sin preocuparse de que la sangre se le subía á la garganta.

—¡Eso va bien, estáis muy robusta y sois muy fuerte!

Ella se mostraba orgullosa de serlo, y complacida, sonrió sin levantarse. Y él reía también, admirándola con aire convencido y encontrándola fuerte y valerosa como un muchacho. Ningún deseo deshonesto le inspiraban aquellas caderas altas, aquellas pantorrillas en tensión, aquella mujer en cuatro pies, sudando y olorosa como una bestia en celo. No pensaba sino que con tales miembros se podía hacer mucha faena en el campo, y que una mujer como aquella en una casa era más útil que cualquier hombre.

Sin duda hubo en él una asociación de ideas que la hizo soltar involuntariamente una noticia

sobre la cual se había prometido á sí mismo guardar el secreto.

—He visto á Buteau antes de ayer.

Elisa se puso lentamente de pie. Pero no tuvo tiempo de preguntarle. Francisca, que había oído la voz de Juan y que llegaba de la lechería situada en el fondo del establo, con los brazos al descubierto y blancos de leche, se enfureció.

—¡Ah! ¡con que le has visto! ¡valiente puerco, valiente canalla!

Era aquella una antipatía siempre creciente; ya no podía nombrar á su primo sin indignarse como si tuviese que vengar en él un ultraje personal.

—Ciertamente que es un canalla, declaró Elisa con calma; pero nada conseguimos con llamársele ahora.

Se puso en jarras y preguntó con seriedad:

—¿Y qué cuenta Buteau?

—Pues nada —respondió Juan, turbado y descontento de haber tenido la lengua tan larga.— Hemos hablado de sus negocios, porque su padre dice por todas partes que va á desheredarlo, y él dice que tiempo falta todavía, porque el viejo está muy fuerte, y que además le tiene eso sin cuidado.

—¿Sabe que Jesucristo y Fanny han firmado el acta ya y que cada uno de ellos ha entrado en posesión de su parte?

—Sí, lo sabe; y sabe también que el tío Fouan ha arrendado á su yerno Delhomme la parte que Buteau no ha querido tomar; sabe que el señor Bailléhache se puso furioso cuando lo supo, y dijo que juraba no permitir que se sortearan los lotes

hasta tanto que todos hubieran firmado el papel..... Sí, sí, sabe que todo ha concluido.

—¡Ah! ¿y no dice nada?

—No, no dice nada.

Elisa silenciosamente se encorvó, anduvo un instante arrancando matas, sin enseñar más que la incitante redondez de sus caderas; luego volvió el cuello y dijo sin levantar la cabeza:

—¿Queréis que os diga una cosa, Caporal? Pues que todo ha concluido, bien me puedo quedar con Julio, y se acabó.

Juan, que hasta entonces le había dado esperanzas, movió la cabeza.

—¡Caramba! ¡puede que tengáis razón!

Y echó una mirada hacia Julio, al cual había olvidado completamente.

El chiquillo, liado en su envoltura, seguía durmiendo, con su carita inmóvil bañada por la luz del sol. Eso era lo malo: aquel muchacho. Si no, ¿por qué no había de casarse con Elisa, puesto que se hallaba libre? Esta idea se le ocurría de repente, en aquel momento, al verla trabajar. Tal vez la amaba, acaso el gusto de contemplarla lo llevaba á la casa. Y sin embargo, se quedaba sorprendido porque no la había deseado nunca, ni siquiera había jugado con ella como jugaba con Francisca, por ejemplo. Y precisamente al levantar la cabeza vió á ésta que se había quedado en pie y furiosa al sol, con los ojos brillantes y encendidos de pasión, con expresión tan extraña, que se quedó sorprendido, turbado por su descubrimiento.

Pero de pronto se oyó un ruido extraño, un trompetazo, y Elisa, dejando el trabajo, exclamó:

—¡Ahí está Lambourdiou!.... Tengo que encargarle una gorrita.

Al otro lado de la tapia, en la carretera, apareció un hombrecillo bajo, que tocaba una trompeta y precedía á un carro que arrastraba un caballo tordo. Era Lambourdiou, un tendero fuerte de Clóyes, que poco á poco había ido ampliando su comercio de cofías y sombreros con el de bisutería, mercería y quincalla, todo un bazar que paseaba de pueblo en pueblo en seis á siete leguas á la redonda. Los labriegos acabaron por comprárselo á él todo, desde las cacerolas y pucheros hasta la ropa. El carro que llevaba tenía una construcción especial, y cuando estaba abierto presentaba una serie interminable de cajones y departamentos que le hacían parecer un verdadero almacén.

Cuando Lambourdiou hubo recibido el encargo de la gorrita, añadió:

—Y entretanto, ¿no queréis un bonito pañuelo?

Y tirando de un cajón, sacó una multitud de pañuelos encarnados con bordados de todos colores.

—¡Eh! ¡tres francos, es decir, casi de balde!.... ¡Dos por cien sueldos!

Elisa y Francisca, que los habían cogido por encima de la tapia, donde había tendidos para que se secaran algunos pañales de Julio, los manoseaban con cara de codicia. Pero eran razonables y en realidad no los necesitaban; ¿á qué gastar? Y ya los devolvían, cuando Juan se decidió repentinamente á casarse con Elisa á pesar del chiquillo. Entonces, por apresurar la cosa, le gritó:

—No, no; quedaos con él; yo os lo regalo. ¡Ah!

me daríais un disgusto no tomándolo como prueba de amistad.

No había dicho nada á Francisca, y como ésta seguía alargando al comerciante sus pañuelos de colores, él lo notó y sintió disgusto al observar que palidecía y hacía un gesto de despecho.

—¡Y tú también, tonta! quédate con él.... ¡Vamos! no me vayas á desairar, porque no me gustaría.

Las dos hermanas se defendían y reían. Ya Lambourdiou había alargado la mano por encima de la tapia para coger los cien sueldos. Y se marchó: el caballo detrás de él arrastraba el pesado carromato y el estruendo de la trompeta se perdió á lo lejos por la carretera.

De pronto, Juan había tenido la idea de arreglar su negocio con Elisa, declarándose á ella. Un incidente inesperado se lo impidió. La cuadra estaba sin duda mal cerrada, y de repente vieron al borricon en medio de la huerta, comiéndose tranquilamente unas matas de zanahorias. Aquel asno grande, vigoroso, rubio, con una raya gris en el lomo, era un animalito muy bromista y lleno de malicia; levantaba muy bien los pestillos de las puertas con el hocico, y se metía en la cocina en busca de pedazos de pan; y en el modo de menear sus inconmensurables orejas cuando le regañaban por aquellas gracias se veía que comprendía.

Cuando se vió descubierto, tomó el aire indiferente de un pobre hombre; en seguida, al verse amenazado con la voz y echado de allí con el gesto, se marchó; pero antes de volverse al corral trotó por los senderos de la huerta y se fué al fondo del jardín. Entonces comenzó una verdadera

persecución; y cuando lo cogió al fin Francisca, se encogió, metiendo el cuello y las patas traseras para pesar más y avanzar más despacio. No se adelantaba nada con él, ni por persuasión, ni por medio de palos y puntapiés. Fué preciso que Juan se mezclase en el asunto y le empujase por detrás con sus vigorosos brazos, porque desde que se veía mandado por dos mujeres, Gedeón había concebido el más profundo desprecio hacia sus amas. Julio había despertado al ruido y lloraba. La ocasión estaba perdida; el joven tuvo que marcharse aquel día sin hablar palabra.

Pasaron ocho días; una gran timidez habíase apoderado de Juan, que ya no se atrevía á decir nada. Y no era que el negocio le pareciese malo, al contrario; reflexionando acerca de él había visto mejor todas sus ventajas.

Por una y otra parte iban ganando. Si él no poseía nada, ella en cambio tenía el inconveniente del chiquillo; esto igualaba la partida, y él no estaba impulsado por ningún cálculo malo, puesto que pensaba tanto como en su propia dicha en la de ella también. Además, el matrimonio, obligándole á salir de la granja, le libertaría de Santiaguilla que le atormentaba, y á cuyas instancias cedía siempre por cobardías del placer. De modo que estaba completamente resuelto y esperaba la ocasión de declararse, buscando las palabras que había de decir, como un muchacho que á pesar de haber sido soldado continuaba sintiéndose tímido delante de las mujeres.

Un día, por fin, Juan, á eso de las cuatro, se escapó de la granja y fué á Rognes, resuelto á declararse. Aquella hora era á la que Francisca

iba por sus vacas después del pasto de por la tarde, y la había escogido precisamente para hallarse solo con Elisa. Pero al principio lo trastornó una contrariedad: la Frimat, en calidad de amable vecina, estaba ayudando á la joven á hacer la colada en la cocina. La víspera, las dos hermanas habían preparado la ropa. Desde por la mañana el agua hervía en un lebrillo lleno de ceniza, colocado en el fogón sobre un buen fuego de sarmientos. Y con los brazos desnudos y las sayas remangadas, Elisa, provista de un puchero, sacaba aquel agua, rociaba con ella la ropa que había en el barreño, las sábanas debajo, luego las rodillas, las camisas, y encima de todo otras sábanas. La Frimat, pues, no servía de gran cosa; pero estaba allí charlando, dándose esa distracción y contentándose con echar ella también de vez en cuando un pucherillo de agua en el barreño.

Juan tuvo paciencia, creyendo que se marcharía pronto. Pero no se iba, ni hacía más que hablar de su pobre marido paralítico, que no podía mover más que una mano. Era aquella una gran aficción. Nunca habían sido ricos; pero cuando él se hallaba en estado de trabajar, tomaba tierras en arrendamiento, y ahora apenas si ella sola podía hacer la labor de la única media tahulla que poseían; y se reventaba á trabajar, recogiendo el estiércol de la carretera para abonar, porque no tenía animales, y se veía obligada á cuidar sus lechugas, sus zanahorias, sus guisantes, mata á mata, á regar tres perales y dos albaricoqueros, y acababa por sacar tal producto á aquel pedacillo de tierra, que todos los sábados iba al mercado de Cloyes, doblada bajo el peso de dos cestas enormes, sin contar las

legumbres que le llevaba un vecino suyo en el carro.

Rara vez volvía sin dos ó tres monedas de cien sueldos en el bolsillo, sobre todo en el tiempo de la fruta. Pero su continua queja era la falta de abono para la tierra; ni el estiércol que recogía por los caminos, ni el de algunos conejos y gallinas que tenía en el corral, eran bastante. Había tenido necesidad de recurrir á lo de su viejo, y se servía de ese abono humano tan despreciable y que da asco hasta á la gente del campo. Lo habían sabido, y se reían de ella y bromeaban llamándola la tía Caca, apodo que la perjudicaba en el mercado: había visto más de una señora volver la espalda á las cestas de sus magníficas legumbres con náuseas de repugnancia. A pesar de su gran dulzura de carácter, esto la ponía fuera de sí.

—¡Vamos á ver! Decidme, Caporal, si es razonable eso.... ¿No nos es permitido aprovechar todo lo que Dios nos proporciona? ¡y como si la porquería de los animales fuese más limpia!.... No, todo eso es envidia, y en Rognes no me pueden ver porque en mi huerta crecen mejores legumbres que en las de nadie.... Y á vos, Caporal, ¿os disgusta eso?

Juan, sin saber qué decir, respondió:

—¡Caramba! ¡la cosa no me gusta mucho!.... Como no está uno acostumbrado á eso.... pero puede que sea sólo una ilusión.

Esta franqueza desoló á la pobre vieja, y como no era disputona ni alborotadora, se contentó con mostrar su amargura.

—¡Bueno, ya os han puesto también en contra mía!.... ¡Ah, si supieréis qué malos son! ¡si supieréis lo que dicen de vos!

Y contó todos los chismes que circulaban en Rognes á propósito del joven. Al principio le aborrecieron porque era obrero, porque aserraba madera en vez de labrar los campos. Luego, cuando se hizo mozo de labranza, le acusaron porque iba á quitarle el pan á otro: en un país donde era forastero, ¿sabía nadie de dónde salía? ¿No habría hecho algo malo en su pueblo, cuando no se alevía á volver á él? Y lo espiaban, y espiaban continuamente á Santiaguilla, porque todos decían que el día menos pensado entre los dos envenenarían al tío Hourdequin para robarle.

—¡Oh canallas!—gritó Juan, pálido de indignación.

Elisa, que estaba sacando un puchero de hirviente lejía, se echó á reír al oír el apodo de Santiaguilla, que á veces, por divertirse, le aplicaba ella también.

—Y puesto que ya he empezado á hablar, tal vez será mejor que lo diga todo—prosiguió la Frimat.—Pues sí, no hay horrores que no digan desde que venís á esta casa. La semana pasada ¿no es verdad? regalasteis á cada una de éstas un pañuelo que se pusieron el domingo para ir á misa. ¡Pues aunque sea muy cochino, aseguran todos que dormís con las dos!

Al oír esto, Juan, temblando, pero resuelto, se puso de pié y dijo:

—Oid, vecina, porque no me importa decirlo delante de vos.... Sí, quiero preguntar á Elisa si quiere que me case con ella.... ¿La oís, Elisa? Os lo pregunto, y si me decís que sí, me pondré muy contento.

En aquel instante vaciaba ella la lejía del pu-

chero en el barreño. Pero se apresuró, acabó de rociar la ropa cuidadosamente, y luego, volviéndose hacia él con los brazos humeantes por el vapor y poniéndose muy grave, le miró cara á cara.

—¿De veras? ¿habláis seriamente?

—Muy seriamente.

La joven no parecía sorprendida. Era una cosa natural; pero no decía ni sí ni no, porque seguramente tenía alguna idea que la mortificaba.

—Habría que decir que no á causa de Santiaguilla—replicó él—porque Santiaguilla....

Ella le interrumpió con un gesto, porque sabía que no importaban las relaciones con la criada de la granja.

—Hay además la circunstancia de que no tengo más que el pellejo que traeros, en tanto que vos tenéis esta casa y algunas tierras.

De nuevo hizo ella un gesto para decir que en su posición con un hijo pensaba como él que todas esas cosas estaban compensadas.

—No, no, no es nada de eso—declaró ella por fin. Pero Buteau....

—Puesto que él no quiere....

—Es verdad, y tampoco somos amigos, porque él se ha portado muy mal.... Pero de todos modos, h y que consultar á Buteau.

Juan reflexionó. Luego contestó:

—Como queráis. Se debe por respetos al chiquillo.

Y la Frimat, que á su vez y con la mayor gravedad estaba echando también leña á la ropa, creyó deber dar su aprobación á ese propósito, mostrándose al mismo tiempo favorable á Juan, un muchacho honrado, ni borracho ni brutal, que haría un buen marido.

En aquel momento oyóse ruido fuera; era Francisca que volvía con sus dos vacas.

—Mira, Elisa, ven á ver esto.... La Coliche se ha lastimado una pata.

Todos salieron, y Elisa, al ver al animal que cojeaba, con la pata izquierda de delante herida y ensangrentada, tuvo un acceso de cólera, uno de esos momentos furiosos durante los cuales pegaba á su hermana cuando ésta era pequeña y cometía una falta ó hacía algo malo.

—Otro descuido tuyo, de seguro, ¿eh? te habrás dormido en el campo como la otra vez.

—No, te aseguro que no.... No sé qué habrá hecho. La había atado á una estaca, y tal vez se cogiese la mano con la cuerda.

—¡Calla, embusteral! ¡no sirves para nada! El día menos pensado me matas mi vaca.

Los ojos negros de Francisca brillaron. Estaba muy pálida é indignada. Contestó balbuceando:

—¡Tu vaca.... tu vaca....! Bien podías decir nuestra vaca.

—¿Cómo nuestra vaca? ¡Una vaca tuya, muñeca!

—Sí, la mitad de todo lo que hay aquí es mío, y tengo el derecho de cogerlo y destrozarlo si quiero.

Y las dos hermanas, puestas una enfrente de otra en jarras, se contemplaban amenazadoras y como enemigas declaradas. Se querían tantísimo y se habían querido tanto toda la vida, que era aquella la primera disputa seria que ocurría entre ellas, agujoneadas por ese espolazo de lo tuyo y de lo mío, la una irritada ante la violencia de su hermana pequeña, la otra indignada y furiosa ante la injusticia de la mayor. Esta cedió y se volvió á la

cocina por no abofetear á su hermana. Y cuando ésta, después de meter las vacas en el establo, se presentó, entró en la cocina á coger un pedazo de pan, y reinó un silencio extraño.

Elisa ya se había calmado. La vista de la hermana, tiosa, seria y enfadada, la fastidió. Ella habló la primera, deseosa de cambiar la situación por medio de una noticia imprevista.

—¿No sabes que Juan quiere casarse conmigo y que me ha preguntado.....?

Francisca, que estaba comiendo de pie al lado de la ventana, permaneció indiferente, y ni siquiera volvió la cabeza.

—¿Á mí qué me importa?

—Te importa, que lo vas á tener por cuñado, y que quisiera saber si te gusta para eso.

Ella se encogió de hombros.

—¿Gustarme? ¿y qué importa? Lo mismo me da él que Buteau, porque yo no he de dormir con ellos..... Pero si quieres que te diga la verdad, nada de eso me parece limpio.

Y se fué á concluir de comerse el pan al corral. Juan, turbado, hizo cómo que se reía, como si se tratase de la gracia de un chiquillo mimado, en tanto que la Frimat declaraba que en sus tiempos, á una muchacha que hiciese aquello la hubieran azotado hasta que la brotara la sangre. Elisa se puso seria y por un momento pareció ocuparse solamente de su leña. Luego dijo:

—Bueno; pues dejemos las cosas aquí, Caporal..... No os digo que no, pero tampoco os digo que sí todavía..... Veré á mis parientes, hablaré con ellos, y sabremos á qué atenernos. Luego decidiremos entre los dos. ¿Conviene?

—Conviene.

Ella alargó la mano y él la estrechó. De toda su persona, envuelta en el humillo húmedo del vapor, se exhalaba un olor á mujer de su casa y hacendosa, un olor á ceniza perfumada con iris.

IV.

Desde el día antes Juan trabajaba en las pocas tahullas de prado que dependían de la Borderie en las orillas del Aigre. Desde el amanecer hasta por la noche se había estado oyendo el ruido de las hoces de las segadoras, y aquella mañana debía acabarse la operación. Como la granja no tenía máquina para henear, le consintieron que tomase dos mujeres á jornal para hacer esa operación: Palmira, que se mataba á trabajar y que era más fuerte que un hombre, y Francisca, que se había ajustado por capricho, divertida por aquella faena. Las dos habían ido con él á las cinco de la mañana, y con sus grandes horquillas á propósito habían extendido la hierba que hecha pequeños haces el día anterior para preservarla de los efectos del rocío, estaba recogida en un lado del prado. El sol había salido en un cielo ardiente y puro, refrescado por ligera brisa.

Después de almorzar, cuando Juan volvió al trabajo con sus heneadoras, ya estaba todo el heneo del primer apartado. Juan tocó el heno y lo sintió seco y crujiente.

—Oid, vamos á darle otra vuelta, y mañana empezaremos á parvear.

Francisca, con una faldilla de tela gris, se había